

**Radiografía sobre la presencia obrera judía en la industria de la madera
y del mueble de la ciudad de Buenos Aires, 1894-1921**

Walter Ludovico Koppmann

Universidad de Buenos Aires

En este artículo se presentan una serie de elementos para reconstruir la fisonomía del sector de trabajadores judíos empleados en la industria de la madera y el mueble de la ciudad de Buenos Aires, desde comienzos del siglo XX hasta 1921. A su vez, este trabajo se encuadra dentro de una investigación mayor (actualmente en curso) sobre los obreros madereros de la urbe porteña durante un período *in extenso*, desde finales del siglo XIX hasta los albores del peronismo. En este sentido, los avances parciales han demostrado la necesidad de abordar en profundidad al espectro de talleres de origen judío, cuya presencia en la rama fue sumamente destacada y cuyo estudio, por ende, resulta imprescindible.

En el marco de los agudos enfrentamientos y conflictos laborales que se desarrollaron durante el primer cuarto del siglo XX, los trabajadores del sector de la madera y el mueble protagonizaron importantes procesos de estructuración sindical y de organización en los sitios laborales que supusieron, en esta dirección, un conjunto de desafíos a la hora de organizar al contingente de obreros judíos en la rama. Más aún, el nutrido universo de las culturas políticas de izquierda (socialistas, anarquistas y, luego, sindicalistas revolucionarios y comunistas) coadyudó y complejizó el proceso de formación de la clase obrera.

En términos historiográficos, a pesar de la relevancia de la actividad judía en el movimiento social argentino, su estudio no ha merecido un enfoque detenido en las primeras historias sobre la clase obrera, la llamada historiografía “militante” (Abad de Santillán 1933, Iscaro 1958, Marotta 1960, Oddone 1949) ni tampoco por obras posteriores sobre el período (Bilsky 1985, Godio 1988, Oved 2013, Rock 1977, Suriano 2001) salvo algunas excepciones. Entre estas deben mencionarse, en primer lugar, el trabajo pionero de Edgardo Bilsky (1987), quien junto con el equipo de investigación del Centro “Marc Turkow”, ha expuesto en su monografía una serie de originales hipótesis de trabajo sobre la presencia judía en el movimiento obrero, datos empíricos significativos así como un anexo de entrevistas realizadas a trabajadores judíos, y una base clasificada de publicaciones periódicas y artículos referidos a la rama productiva bajo estudio, entre otras. Una de las “facilidades” con las cuales contó el autor fue su dominio del idish, lo cual le permitió relevar las fuentes judías disponibles sin mediaciones. Otros dos importantes estudios pioneros, si bien no centrados en el movimiento obrero judío, fueron los trabajos de Liebermann (1966) y la obra de Avni (1983), que abordó la inmigración en un período extenso. En segundo lugar, se destaca la obra de Camarero (2007), donde el autor estudia la articulación del naciente Partido Comunista (PC) de Argentina con la clase trabajadora judía y sus distintas iniciativas y conflictos. En la misma dirección se puede situar el trabajo de Kersffeld (2012) sobre la sección idiomática del PC, el artículo de Díaz (2016) sobre los anarquistas judíos en la década de 1900 y la importante investigación de Visacovsky (2015) sobre las iniciativas de los militantes comunistas judíos en el terreno educativo. En relación a las publicaciones periódicas judías, cabe señalar el artículo de Dujovne (2008), que establece su cronología durante la primera mitad del siglo XX. Finalmente, se ubican un conjunto de obras de carácter general, que abordan aspectos no necesariamente vinculados con la formación y desarrollo de la clase obrera y el movimiento sindical pero que proveen de información para emprender su estudio; nos referimos a Jmelnizky y Erdei (2005), Feierstein (2006) y la obra colectiva compilada por Sneh (2006).

En términos identitarios, la presencia judía en el movimiento obrero argentino planteó una tensión crónica entre, por un lado, una identidad étnica¹, culturalmente

¹ De acuerdo con la definición de Bilsky (1987, 78) (quien a su vez la toma de Marger 1985, 3) “Un grupo étnico es un grupo dentro de una sociedad más amplia con trazos culturales comunes, con un sentido de comunidad entre sus miembros basado en una herencia común supuesta, un sentimiento etnocéntrico, sentido de pertenencia al grupo y, en algunos casos, en un territorio distintivo”. Requiere además, agrega el autor, que el resto de la sociedad perciba al grupo como diferente.

arraigada en el país de origen y cimentada alrededor de una comunidad segregada en el país receptor, y por el otro, una identidad (o conciencia) de clase, fraguada en la explotación cotidiana de la nueva vida que compartían con otros obreros y patrones no-judíos. La resultante de este vínculo complejo expresó una identidad social híbrida, no alejada en todo caso de las situaciones contemporáneas de otros grupos migrantes, aunque sí con ciertas peculiaridades que marcarían algunos de los rasgos principales de la comunidad obrera judía en Buenos Aires. En uno de sus trabajos, Bilsky señaló tres polos de conflicto fundamentales en la definición de esta identidad de clase entremezclada con aquella dimensión étnica: en primer lugar, el proceso de adaptación a una nueva realidad, venciendo viejas tradiciones culturales en la búsqueda por integrarse; en segundo lugar, las tensiones derivadas de la lucha de clases en el seno de la comunidad judía, entre patrones y obreros; en tercer lugar, los conflictos resultantes de la relación entre trabajadores judíos y no-judíos (o “gentiles”) (Bilsky 1989, 27). Ciertamente, a diferencia de los españoles o los italianos, que compartían una raíz cultural latina, los judíos recién desembarcados resaltaban por su lengua, costumbres, religión y hasta por su vestimenta, lo cual los hacía sobresalir como un grupo particular entre los inmigrantes. En este punto, más allá de algunos episodios puntuales de antisemitismo (mayo de 1909, centenario de 1910, semana trágica de 1919), la clase trabajadora judía se encontró en Argentina con un clima de tolerancia racial superior al de su país de origen que permitió, con el paso del tiempo, dejar atrás algunos de los hábitos y costumbres del *shtétl* (pueblos y ciudades de procedencia) y resignificar otros. De este modo, si la adaptación fue paulatina, la integración, en cambio, no resultó tal y el agrupamiento geográfico en concentraciones como el barrio de Once o, luego durante la década de 1920, Villa Crespo, Paternal y Caballito, dio cuenta de los esfuerzos por crear un mundo judío nuevo, con valores, prácticas e instituciones propias, donde el idish emergió como la lengua principal. Por consiguiente, las distintas iniciativas por parte de las corrientes de izquierda debieron encontrar una suerte de equilibrio (no exento de contradicciones) entre, por un lado, la adaptación a estas circunstancias derivadas en parte del carácter “etnocéntrico” de la comunidad judía en Buenos Aires y, por el otro, el desarrollo de un contenido particular en tanto corriente política.

El sucinto recorrido bibliográfico ha demostrado la ausencia de estudios que aborden al movimiento obrero judío y, en particular, su vínculo con las distintas culturas políticas de izquierda. Más aún, este vacío se refuerza en el caso de los estudios puntuales sobre la rama de la madera (Camarero y Ceruso 2015; Lizárraga y Mason 2016; Villalba 2010). Desde esta perspectiva, el artículo presente se orientó a: analizar

la fisonomía de la industria de la madera y el mueble durante el período formativo del movimiento obrero con el fin de ponderar el peso específico del sector judío; identificar las distintas inserciones ocupacionales de esta población particular; relevar los principales conflictos y propuestas de estructuración sindical; estudiar las formas de inserción y militancia de las culturas de izquierda en el seno de esta comunidad obrera. En esta dirección, varias preguntas guiaron nuestra indagación: ¿qué posición social ocupaban los madereros judíos dentro de su comunidad? ¿Representaba lo mismo ser un lustrador que, por ejemplo, un escultor? ¿En qué medida el oficio se articulaba con ciertas vías de estructuración sindical y hasta qué punto obturaba otras? ¿Es posible establecer algún vínculo entre el proceso de trabajo y las formas de organización gremial? ¿Cómo fueron las relaciones entre los madereros judíos y los no-judíos? ¿Y con los patrones judíos? ¿Qué propuestas organizativas realizaron las culturas políticas de izquierda a la hora de organizar al sector?

A partir de estos interrogantes, en esta instancia se vuelcan los resultados parciales producto del relevamiento de las fuentes primarias (principalmente la prensa gremial) y de la bibliografía secundaria. Asimismo, incorporamos elementos provenientes de un artículo sobre la historia de los trabajadores judíos en Argentina, escrito por Enrique Brusilovsky (1940), uno de los más destacados militantes obreros judíos en la industria, de cuño socialista.²

Estructura de la industria de la madera y el mueble a principios del siglo XX

En el contexto del vertiginoso desarrollo urbano que aconteció en la ciudad de Buenos Aires hacia finales del siglo XIX y principios del XX, la industria de la madera y el mueble se expandió de forma acelerada, impulsada por la demanda de insumos para la construcción (vigas, marcos, puertas, entre otros), el transporte (industria naval, carruajes, carros y carrocerías en general), y la venta de bienes de consumo para los hogares y las empresas (muebles, cajas, envases, estanterías, entre otros). En su conjunto, los talleres de ebanistería y de carpintería se hallaban dispersos por toda la ciudad (ambas disciplinas prácticamente no se diferenciaban salvo que se tratara de la producción de muebles finos, monopolizada por los ebanistas). Asimismo, es importante señalar que muchas piezas eran elaboradas a domicilio por torneros, marqueteros y escultores (también llamados ‘tallistas’), oficios altamente calificados

² Este artículo, inédito hasta el momento en español, ha sido traducido del idish por Lucas Fiszman. Formó parte de la edición conmemorativa a 50 años de la publicación del Diario Israelita.

(rozando una dimensión de carácter ‘artística’) y, en general, descentralizados de los sitios laborales. Por último, el sector de los aserraderos y carpinterías “mecánicas” también tenía suma importancia y se lo podía hallar en las zonas portuarias de Barracas, Avellaneda, Tigre y San Fernando. En 1893, Dimas Helguera mencionaba en su investigación pionera la existencia de 1178 fábricas y talleres (sobre un total de 7619) en la Capital Federal y Barracas al Sur (incluye Avellaneda), dedicados a la elaboración de maderas y que hubieran pagado patentes industriales. A continuación se presentan algunos datos de su investigación, en las dos primeras columnas desde la izquierda, junto a la información recabada por el censo nacional levantado en 1914, en las dos columnas de la derecha:

“Especialidad”	Cantidad de talleres	“Naturaleza de las industrias”	Cantidad
Aserraderos	39	Aserraderos de madera	76
Baúles	16	-	-
Billares	8	Billares, tacos y bolas de marfil	13
Cajones	7	Cajones, esqueletos y barricas	17
Carpintería	743	Carpinterías de obra de mano	592
-	-	Carpinterías mecánicas	162
Carros	63	Carros y rodados de carga	127
Carruajes	76	Carruajes y carrocerías de automóviles	105
Catres	4	-	-
Cuadros	18	-	-
-	-	Empresas de construcción	77
Hormas	15	Hormas y moldes	8
Maniquíes	1	-	-
Molduras	1	-	-
Muebles	68	Mobiliarios y muebles, tapicería, sillas, baúles	499
Ruedas	3	-	-
Sillas	27	-	-
Tallistas	11	Tallistas y ornamentos de iglesias + esculturas en madera (y mármol)	14
Tonelería	39	Tonelería	27
Tornerías	40	Tornerías y ebanisterías en madera (y marfil)	60

Cuadro I. Talleres y fábricas madereros en la ciudad de Buenos Aires 1892/1914. Fuente: “La producción argentina en 1892...”, Dimas Helguera (1893); Censo nacional 1914, tomo VII “industrias”.

Como se puede observar, hacia 1892 los talleres de carpintería eran, por lejos, el elemento mayoritario en la rama, seguido luego por las casas dedicadas a la construcción de carruajes, las mueblerías, los talleres de carros y los aserraderos, respectivamente. Debe ser señalado que, en relación con los censos analizados debajo, el sector aserradero aparece subdimensionado en términos de su población obrera (39 aserraderos identificados en 1892 con 201 trabajadores censados en la ciudad en 1895). Alrededor de veinte años después, en el censo nacional levantado en 1914, si bien algunas categorías se desdoblaron (“carpinterías”) y otras se subsumieron en una (‘mobiliarios y muebles...’), la comparación permite mesurar de un modo aproximado la fisonomía de la industria de la madera y del mueble. En particular, en los datos de 1914 resalta el peso específico del sector mueblero, con 499 fábricas y talleres y contabilizando una inversión de \$11.708.371 m/n (moneda nacional), seguido por los aserraderos (\$8.727.940) y las carpinterías mecánicas (\$5.193.359). Estos montos de capital invertido sólo eran superados por el rubro “empresas de construcción”, donde la cifra se elevaba a \$16.463.795. Asimismo, cabe notar el crecimiento significativo de los aserraderos (de 39 a 76), los talleres de carruajes (76 a 105) y de carros (63 a 127), fenómenos concomitantes con el exponencial desarrollo urbano de la ciudad de Buenos Aires durante el período. En síntesis, la gravitación del sector maderero dentro de la economía nacional era significativa.

Corresponde indicar, en este punto, que la provisión de la materia prima para la industria (la madera) y el llamado problema de la “forestación” resultaron un elemento determinante en la configuración peculiar que asumió la rama de la madera y el mueble en la Argentina y sus distintas sub-ramas y disciplinas. A pesar de que en la “exposición de París”, en 1889, se presentaron más de 500 especies arbóreas que crecían en territorio nacional (Helguera, 1893) (varias fuentes rebajan este número a 350/400), según un informe de 1919, elaborado por el departamento norteamericano de comercio, la cantidad de maderas importadas equivalía a diez veces la producida en territorio nacional (Everley, 1919). Otro informe, de 1925, confirma este diagnóstico.³ Asimismo, de acuerdo con Díaz Alejandro (1970), la madera escaseó mucho en la zona pampeana desde la época colonial. En buena medida, esto se debía a que el transporte de las maderas nativas desde los bosques era arduo y costoso (Everley 1919, 13). Además, muchas de las maderas eran duras, pesadas y costosas para trabajar, difíciles para secar y adecuarlas a propósitos útiles. De esta manera, la mayor parte de las maderas utilizadas

³ *El Avisador Comercial*, 1/2/1925.

se importaban y, en términos generales, no existieron políticas desde el Estado sobre el problema forestal hasta fines de la década de 1910.

En relación a la magnitud de la población obrera en la rama, a continuación, se presentan los datos consignados para la etapa:

	1887	1895	1904	1909	1914
Aserradores	-	201	318	570	2.214
Carpinteros*	10.074	9.444	9.728	14.889	9.487
Constructores navales**	-	311	-	-	-
Carpinteros de ribera	-	450	-	-	-
Carpinteros de puerto	-	700	-	-	-
Constructores de carros	-	300	-	-	1.049
Constructores de carruajes	-	850	-	-	1.279
Doradores	233	192	380	552	128
Ebanistas y escultores	-	312	1.008	1.382 / 197	-
Escoberos	132	215	237	381	-
Muebleros (<i>ebénistes</i>)***	-	1.037	1.447	3.100	4.976****
Tapiceros	452	466	535	933	-
Toneleros	82	396	-	310	149
Torneros	303	465	637	1.128	424

Cuadro II. Gravitación de oficios madereros a partir de datos primarios.

*Incluye carpinteros de obra blanca, carpinteros “mecánicos” y “carpinterías de obra de mano”.

**Clasificados en el censo de 1895 como “Constructores de buques, armadores”

***Incluye “talleristas”, lustradores de muebles y silletteros.

****Incluye tapiceros, bauleros y silletteros.

Fuente: elaboración propia a partir del Censo Municipal de Buenos Aires (1887, 1904 y 1909), Censo Nacional (1895 y 1914) y Patroni (1897).

Las dificultades evidentes a la hora de establecer una comparación rigurosa entre censos y datos relevados en distintos momentos y bajo modalidades diferentes explican, en buena medida, ciertas categorías problemáticas aunque centrales para nuestro análisis tales como “ebanistas” (a veces señalados como ‘muebleros’ y que incluía otros oficios) o “carpinteros” (categoría amplia y que no distingue sus diversas áreas de aplicación). De forma similar, resulta prácticamente imposible divisar las fronteras de oficios dentro de la industria de la construcción, uno de los principales sectores productivos de la ciudad en momentos de expansión urbana. En cualquier caso, las cifras expuestas permiten señalar los sectores principales, donde se desarrollaron las estructuras sindicales y los conflictos laborales más relevantes del período. Como fue mencionado más arriba, dejando de lado los oficios aledaños, la industria estaba concentrada en tres áreas fundamentales de aplicación: la construcción civil (donde había cientos de carpinteros, tanto oficiales como aprendices así como

centenas de aserradores), la fabricación de muebles (destacándose la ebanistería como disciplina), y la construcción y reparación de rodados (sea de pasajeros, sea de carga).

De este modo, salvo por algunas pocas empresas extranjeras (en su mayoría inglesas), dedicadas a la producción de muebles finos, los trabajos en obras de gran envergadura (empresas de construcción) o la importación y el procesamiento de la madera a gran escala (aserraderos), en términos globales el sector se presentaba como un conjunto de empresas individuales de pequeñas dimensiones, con escaso capital invertido, bajo número de personal empleado y cuyas técnicas e instrumentos lindaban el artesanado. Por esta razón, era factible (y recurrente) que un obrero o varios de ellos ('cooperativa') llegaran a acumular cierto capital mínimo e instalasen un taller por su cuenta. En los lugares de trabajo, las reglas de trabajo no estaban formalizadas y las formas de control eran de carácter familiar (Camarero y Ceruso 2015, 2).

La peculiaridad del sector bajo estudio radicaba, por lo tanto, en el escaso desarrollo del capitalismo en la rama, combinando una baja tecnificación de la producción con una aún menor división del trabajo. La forma general que asumía el proceso laboral era la de un grupo de artesanos concentrados en el mismo taller en un estadio de desarrollo cooperativo simple, alejado de la gran industria capitalista. En este sentido, la operación seguía siendo esencialmente artesanal y, por lo tanto, dependiente del vigor, habilidad, rapidez y seguridad del obrero individual en el manejo de su instrumento (Marx 2008). En este plano, existía un contrapunto permanente entre, por un lado, la tendencia propia del capitalismo por dominar de forma global la actividad del trabajador y, por el otro, las fuentes de resistencia obrera frente a esta pretensión de control y dirección del proceso productivo (Braverman 1975). A partir del conjunto descripto de procesos de trabajo y atmósferas laborales sumamente heterogéneas, las formas de estructuración sindical presentaron elementos singulares y otros comunes entre cada uno de los oficios comprendidos dentro de la categoría genérica de "trabajadores en madera".

En relación a este último problema, cabe destacar por su relevancia productiva y gremial al Sindicato de Ebanistas, Similares y Anexos, fundado el 26 de julio de 1896. En particular, cabe destacar su capacidad para obtener ciertas prerrogativas dentro del lugar de trabajo, valiéndose de aquel relativo dominio artesanal sobre el proceso productivo (jornada laboral limitada, contratación de personal agremiado, seguro por accidentes de trabajo, entre otros). Este factor es referido en las fuentes gremiales como "contralor obrero" y reposaba en lo que hemos denominado en otros trabajos como "autonomía artesanal", es decir, la capacidad de ejercer cierto control dentro del ámbito

“privilegiado” de la reproducción del capital constituido por la fábrica (Montgomery, 1979). De alguna forma, el dominio relativo sobre el proceso de trabajo funcionaba como una suerte de “talismán” a la hora de entablar los conflictos laborales, dada la imposibilidad por parte de los patrones de reemplazar a operarios tan calificados. Como veremos en un momento, entre los obreros muebleros judíos esta característica se expresaba de una forma contradictoria.

La importancia numérica de los trabajadores judíos empleados en el sector (y, en particular, dentro de la industria del mueble) ha sido destacada por numerosos estudios (Bilsky 1992; Camarero 2007; Kerssfield 2012; Liebermann 1966; Villalba 2010; Visacovsky 2015), así como también por abundantes registros documentales presentes en las fuentes primarias gremiales y en las entrevistas realizadas a obreros de la época.⁴ Según Bilsky (1987, 16), a comienzos del siglo XX, el crecimiento exponencial de la inmigración provocó el asentamiento de una población judía de magnitud considerable que, en 1908, se contabilizaba entre 30.000 y 40.000 habitantes y, antes del estallido de la primera guerra mundial, en casi 50.000. Siendo la tercera comunidad en importancia desde 1914 (cuando se interrumpió el flujo inmigratorio), detrás de los italianos y españoles, a fines de la década del veinte, se calculaba que vivían cerca de 191.000 judíos en todo el territorio argentino (Avni 1983; Jmelniczky y Erdei 2005) y, en 1936 se estimaba que, sobre un total de 2.415.142 habitantes en Buenos Aires, 135.000 eran judíos. La afluencia de inmigrantes de este origen se detuvo durante el conflicto bélico 1914-1918, reiniciándose en 1920 y continuando con un ritmo ligeramente inferior al de preguerra hasta *circa* 1930.

Por otro lado, resulta sugestivo que la comunidad judía estaba conformada por un crisol de nacionalidades diferentes (alemanes, franceses, holandeses, turcos, marroquíes, etc.), si bien el predominio de los judíos provenientes de Europa del este le confirió su carácter distintivo (rusos, polacos, lituanos, ucranianos, rumanos, checoslovacos, yugoeslavos y húngaros). Así, “ruso” devino velozmente en sinónimo de judío.⁵ Cabe agregar que el grupo de referencia para nuestro estudio, los judíos provenientes de Europa oriental, practicó todo tipo de oficios manuales, siendo escasa su presencia entre las profesiones liberales. Por lo tanto, se puede afirmar que la figura

⁴ La presencia judía también salta a la vista en cuanto se observa la etimología de los apellidos de los dueños de los talleres y fábricas. Para un glosario de los talleres, fábricas y aserraderos relevados en el AMBA entre 1915 y 1930, puede consultarse Koppmann (2017).

⁵ Según Visacovsky (2015), cuatro quintas partes de los judíos de Buenos Aires eran de ascendencia *ashkenazí* mientras que el otro quinto era *sefaradita*. Los primeros fueron nominados como “rusos”; los segundos, “turcos”.

más característica de la inmigración judía—en particular, en las primeras décadas—fueron ex comerciantes carentes de una calificación profesional y pequeños artesanos escasos de capital y apenas poseedores de cierto *savoir faire*. De alguna manera, el oficio (aprendido o conocido en su tierra natal) fue el instrumento que permitió a buena parte de dicha inmigración poder enmarcar su trayectoria de vida en el medio de un mercado de trabajo donde la inestabilidad y el desempleo crónico eran las tónicas dominantes del período. Hacia 1928, un cálculo sobre la distribución de la población judía por áreas de actividad arrojaba los siguientes resultados: 55% en el comercio, 27% en el sector secundario, 14% como agricultores y menos del 4% como universitarios o profesionales (Bilsky 1987). En las actividades donde se empleaba, predominaban la inestabilidad laboral, las malas condiciones de trabajo y, en general—aunque no siempre—los bajos salarios. A continuación se detallará la relevancia, características y magnitud que tenía el sector de obreros y patronos judíos dentro de la industria del mueble.

Destajistas, bolicheros, cuenteniks y empresarios: la dimensión judía de la industria del mueble

A diferencia de otras áreas de la economía donde su gravitación era menor al 5% sino directamente inexistente, la presencia judía en la rama del mueble fue destacada desde fines del siglo XIX, representando una de las ocupaciones más antiguas que tuvieron los emigrados a Buenos Aires. Las primeras mueblerías judías datan de 1894 y se ubicaron en el radio de la plaza Lavalle. Según Brusilovsky (1940), el primer taller que se instaló producía muebles baratos, hechos de madera enchapada. Al poco tiempo, se radicaron varios judíos rusos ricos (en buena medida por haber vendido sus propiedades y bienes agrícolas), que comenzaron a abrir tiendas de casimires y mueblerías (Feierstein 2006). Sin embargo, es hacia 1905 que la producción de muebles de madera de origen judío reconoce sus orígenes más distinguibles, con la proliferación de pequeños talleres llamados “boliches”, por sus dimensiones. Si en 1904 el sector había hecho transacciones por un valor de cuatro millones de pesos, en 1907 este número ascendió a siete millones. Del mismo modo, los obreros ebanistas residentes en Buenos Aires pasaron de ser contabilizados en 1447, en el censo municipal de 1904, a 3100, en el homónimo de 1909.

Dentro del mercado local, los talleristas judíos se especializaron en la fabricación de muebles de calidad inferior, empleando madera enchapada—al estilo francés—y de pino tea—al estilo inglés—y practicando distintas formas de trabajo a destajo. En su investigación pionera sobre el movimiento obrero judío, Bilsky (1987) detalla una de esas formas—llamada *kort-arbeit*—, consistente en la subcontratación de

obreros como “manos”, quienes recién llegados e imposibilitados de adquirir sus propias herramientas, acababan por generar un mayor rendimiento del trabajador calificado (que igualmente también producía por unidad). Por otra parte, muchos ebanistas judíos habían aprendido el oficio trabajando a destajo, siendo para ellos la forma de trabajo “natural”; por ende, no resultaba entendible para ellos que el sindicato la combatiera. Desde esta última perspectiva, el trabajo a destajo elaborado en los boliches significaba “la ruina de la profesión” y una presión permanente por nivelar hacia abajo las condiciones laborales.

Como fue mencionado más arriba, la magnitud del sector judío en la industria del mueble fue sumamente destacada.⁶ En julio de 1919, luego de una pléyade de luchas reivindicativas que afianzaron y expandieron la estructuración gremial en los sitios laborales, el sindicato ebanista declaraba contar con 3500 afiliados sobre alrededor de 5000 trabajadores empleados en el sector mueblero de la ciudad de Buenos Aires.⁷ Sobre este último número global, alrededor de 1200 eran judíos, es decir, más del 20% de los obreros del sector. Entre ellos, algunos testimonios y fuentes dan cuenta de que aproximadamente 400 trabajadores judíos activaban dentro de la sección “israelita” del sindicato, llegando a veces a alcanzar picos de participación de 800. Siguiendo a Schiller (2006), a los ebanistas “rusos” se los denominaba “presidentes” (en idish *balmelojes*), por su alta calificación. En 1939, se calculaba que sobre un total de 350 fabricantes judíos de mesas, armarios, sillas y muebles tapizados (quienes empleaban entre 6 y 7000 trabajadores), se concentraba el 70% de la producción de muebles baratos ofrecidos en el mercado. Asimismo, los aserraderos judíos representaban el 35-40% de la producción del sector y un movimiento anual de 25 millones de pesos.

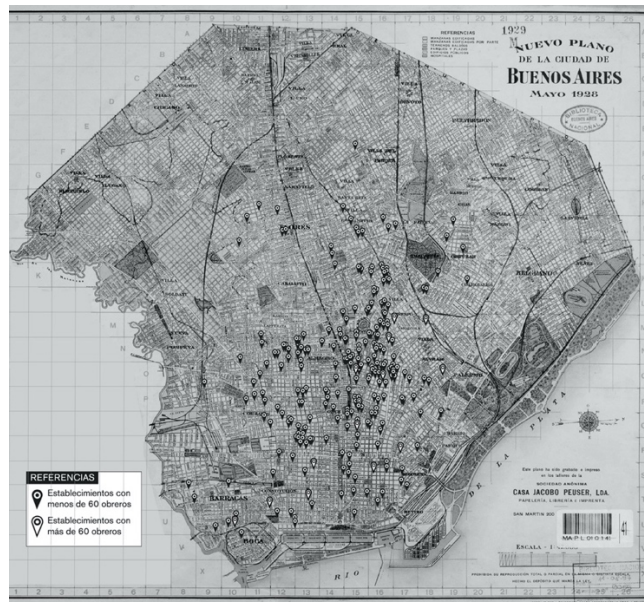
En términos geográficos, el trabajador judío estaba habituado a producir en pequeños establecimientos o en la vivienda familiar, bajo formas semiartesanales y recurriendo con frecuencia al empleo de sus parientes directos. Por lo tanto, se instaló donde sus recursos se lo permitían: en zonas periféricas, próximas al centro, no lejos de las tiendas para las que trabajaba, o de sus patrones y clientes (Bilsky 1987; Feierstein 2006). De este modo, las áreas geográficas donde se asentaron las sucesivas generaciones de familias judías coincidieron en general con el radio espacial donde se

⁶ Para elaborar estas cifras nos basamos en las fuentes primarias así como en: Bilsky 1987, 1992; Camarero y Ceruso 2015; Liebermann 1966; Visacovsky 2015.

⁷ La alta tasa de sindicalización estaba íntimamente vinculada con las luchas referidas y, en esta sintonía, con la exigencia de ser afiliado al sindicato para poder trabajar en los talleres organizados (“tarjeta sindical” o *closed-shop*). Para un mayor detalle sobre el período 1915-1920, puede consultarse Koppmann 2016.

localizaban los talleres muebleros (Camarero y Ceruso 2015). Si hacia fines del siglo XIX se relevaba su presencia alrededor de la plaza Lavalle, a mediados de la década de 1900 comenzó a formarse el ghetto “a cielo abierto” del barrio de Once para luego, con el reinicio de la inmigración de posguerra (*circa* 1918), desarrollarse la expansión urbana hacia el oeste durante las décadas del '20 y '30, con el crecimiento de asentamientos en Villa Crespo (donde se instaló parte de la inmigración polaca)⁸, Caballito, La Paternal, Villa del Parque y Parque Patricios (en este último se ubicaban fundamentalmente los aserraderos y talleres mecánicos de gran envergadura). Según Feierstein (2006), existían dos características fundamentales que diferenciaban a los judíos del Once de los de Villa Crespo. Una era la extracción social—en este último barrio se asentaron los más pobres—y otra el grado de religiosidad. De este modo, si la comunidad del Once había importado de Europa distintas líneas de ortodoxia religiosa, la de Villa Crespo portaba una suerte de laicismo, asociado a ideas políticas anarquistas, *sindicalistas* y socialistas. Como se puede observar en el mapa debajo, la mayor densidad de talleres se ubicaban en estas áreas geográficas.

Distribución de los talleres y aserraderos de la ciudad de Buenos Aires, 1915-1930



Mapa de la ciudad de Buenos Aires, confeccionado por la casa Jacobo Peuser, 1928. Fuente: elaboración propia sobre escaneo de la Biblioteca Nacional.⁹

⁸ En 1930 se calculó que unos 30.000 judíos vivían en Villa Crespo, es decir, alrededor del 25% de la población judía de aquel momento.

⁹ Este mapa fue construido a partir del relevamiento de la prensa gremial entre 1915 y 1930, fundamentalmente de los informes por taller aparecidos en *El Obrero Ebanista*. Muchos de

En líneas generales, la coyuntura bélica (1914-1918) permitió el despliegue de aquellas ramas de la economía que no tenían una dependencia tan estricta del comercio exterior. En esta dirección, aquellos pequeños y medianos capitalistas judíos de la industria del mueble se vieron beneficiados (Belini 2017). Sin embargo, a los pocos años (primera mitad de 1920), la agudización de la competencia entre los dueños de los talleres llevó a la quiebra a decenas de inmigrantes (en una amplia proporción judíos), que habían emprendido “la aventura del ascenso” estableciendo su propio “boliche” y, muchas veces, trabajando como “contratistas” para las empresas más grandes, es decir, como una suerte de compañía “subsidiaria” o “tercerizada” que se ligaba de forma descentralizada a la casa central, representando un serio obstáculo a la hora de estructurar la acción sindical. Este hecho no pasaba inadvertido para militantes como el escultor comunista italiano, Serafín Garbini: “Es más fácil y práctico para un explotador hacer un nuevo patrón que reclutar un carnero para llevar a su establecimiento [...] Mucho del mal que aqueja a nuestro sindicato se debe a lo incipiente de la industria.”¹⁰ En cierto modo, provenientes de regiones con un escaso grado de industrialización (como era por aquellos años Europa del este), la inmigración aceleró o consumó para muchos el proceso de proletarianización. Por lo tanto, siendo un proletariado reciente, o por lo menos no heredero de una tradición obrera, en su horizonte persistía la idea de escapar a la condición de trabajador manual asalariado. Sin embargo, la enorme mayoría nunca concretaría este anhelo. Si bien aparecieron algunos casos de trabajadores que se volvieron fabricantes de muebles y luego importantes empresarios del rubro (como se detalla más abajo), estos fueron los menos.

Una de las consecuencias inmediatas de la multiplicación de boliches en el ámbito urbano fue la proliferación de conflictos y huelgas ocurridos en esos lugares. No obstante, su desarrollo fuera muchas veces desorganizado o aislado en relación al sindicato ebanista, lo cual implicaba que el resultado de estos episodios fuera en general negativo para los trabajadores judíos. En efecto, se trataba de una situación contradictoria. Por un lado, estos trabajadores contaban con la ventaja de ejercer un oficio prácticamente irremplazable por rompohuelgas. Por el otro, el obstáculo que constituía el idioma y cierta tendencia al aislamiento, sumados, además, a la baja concentración de empleados por sitio laboral y la cercanía étnica (y hasta social) con los

estos establecimientos cambiaron de domicilio o quebraron en estos años. Importa destacar la expansión “tentacular” de la rama, siguiendo el sentido de la urbanización (desde el centro hacia la periferia).

¹⁰ “Conquistas inmediatas”, *Acción Obrera*, agosto 1924.

patrones, se configuraban como una serie de factores que dificultaban su organización. De cualquier manera, la progresiva adaptación y asentamiento de las primeras generaciones migrantes y la venida de destacados cuadros organizadores del movimiento obrero, quienes escapaban de la represión zarista, permitieron que, en la medida en que se solidificaba el proceso de estructuración sindical en los boliches muebleros, los obreros judíos se posicionaran como un sector activo y contencioso.

Dentro de estos pequeños y oscuros lugares llamados “boliches” imperaba un régimen de trabajo a destajo que suponía pésimas condiciones laborales, donde la organización sindical era prácticamente inexistente, con jornadas superiores a las doce horas y salarios ínfimos, en general pagados a destiempo. No obstante, muchas veces los talleristas trabajaban a la par de los obreros que empleaba, si bien en bastantes ocasiones se trataba de menores de edad, quienes eran maltratados y sobreexplotados. En estos sitios de dimensiones minúsculas, sin ventilación ni limpieza adecuadas, el polvo y las virutas se acumulaban en el suelo, el aserrín quedaba flotando en el aire y la higiene no estaba estipulada en lo absoluto, por lo que el contagio de tuberculosis y otras enfermedades era cotidiano. Asimismo, los incendios eran bastante comunes, en buena medida porque los patrones muchas veces aseguraban su capital por más del doble del existente y, por ende, provocaban intencionalmente el incendio, destruyéndose en el siniestro las herramientas del obrero que, naturalmente, no estaban aseguradas.¹¹ Por esta última razón y para poder combatir el número creciente de bolicheros, los militantes más activos se esforzaban en concientizar a los obreros sobre las virtudes de que los patrones proveyeran el banco y las herramientas, de modo tal que representara una barrera objetiva al crecimiento permanente del número de pequeños talleres.¹²

El fenómeno de los bolicheros y los destajistas no se limitaba, sin embargo, a la esfera de la producción de muebles. En lo que constituye un fenómeno no excluyente de esta industria, la figura del *cuentenik* y sus redes de vendedores permiten explicar también el alto número de judíos inmersos en el negocio mueblero. Según Bilsky (1987) y Feierstein (2006), los *cuentenik* surgieron en los barrios populares que se hallaban alejados del centro. Dada la velocidad que tomó el ritmo de expansión urbana de Buenos Aires y su escasez de infraestructura comercial y de transporte, estos comerciantes comenzaron a recorrer las zonas periféricas, ofreciendo todo tipo de

¹¹ “Los bolicheros. Casos de incendio y sus perjuicios inmediatos”, *El Obrero En Madera*, febrero 1908.

¹² “El banco y las herramientas”, *El Obrero En Madera*, noviembre 1906.

mercaderías no perecederas (ropa, muebles y demás artículos del hogar), facilitando su rol de intermediarios mediante el pago a plazos. De este modo, se tejió una vasta red de venta *sui generis*, en su mayoría compuesta por judíos, que abarcaba los barrios populares. Asimismo, la figura del *cuentenik* ofrecía una suerte de espejismo del ascenso social, el cual, finalmente, se revelaba como imposible. Por sus características, el *cuentenik* era combatido por la militancia de izquierda. A modo ilustrativo, vale la siguiente crónica, que refiere la condición miserable de los bolicheros-*cuenteniks* y su cercanía social con la situación de vida y laboral de la clase obrera:

...estos pobres 'bolicheros' se pasan años enteros reducidos en una pieza o en un desmantelado galpón trabajando día y noche, explotando considerablemente, a falta de oficiales, a pobres criaturas, las que en ese ambiente todo aprenden menos a ser buenos obreros; [...] véseles errantes por las calles centrales de la ciudad, sentados en el pescante de un carro-changador, en el interior del cual véense algunos muebles de pino, [...] parándose en cuanta mueblería encuentra, a ofrecer su mercancía. [...] Los muebleros, que al aproximarse una de estas caravanas ven el medio de obtener un mueble por la mitad de su valor real [...] ofrécenle por la mercancía un precio que no alcanza a cubrir los gastos del material; y el aspirante a gran patrón después de errar todo un día y ante la expectativa de que el sucesivo no le llevará mejor suerte, entrega al más usurero de los muebleros, sus muebles-baratijas.¹³

Para cerrar el apartado, esta mirada sobre el sector judío estaría incompleta si no nos refiriéramos a los pocos (pero destacados) empresarios del mueble del mismo origen. En efecto, si bien las posibilidades de ascenso social fueron en su mayoría ilusorias, existieron también algunos casos de patrones judíos que lograron acumular una significativa magnitud de capital e instalar talleres dedicados a los muebles finos y a la producción de muebles baratos en gran escala. Si bien este fenómeno resaltaría con mayor fuerza a partir de la década de 1930, varias crónicas gremiales se referían al sector de “industriales rusos” como un grupo con gran poder de decisión y veto sobre los acuerdos con los trabajadores; algunos de ellos fueron mencionados más arriba. A partir de un relevamiento sobre estas primeras décadas, fueron identificados los siguientes empresarios: el oficial mueblero, luego devenido empresario de la construcción, Carlos Sackmann, dueño del aserradero homónimo; Greiser, cuya fábrica sita en Cangallo 3654 (Almagro) empleaba entre 100 y 150 obreros a destajo; Sage, cuyos talleres en Palermo ocupaban entre 80 y 100 trabajadores dedicados a los muebles finos; Lapidus y Smud, dos patrones que sostenían talleres conexos en Malabia 664/666 (Villa Crespo), teniendo a su cargo un personal de entre 80 y 100 obreros; la casa Stein y cía., sita en

¹³ “Los bolicheros. Casos de incendio y sus perjuicios inmediatos”, *El Obrero En Madera*, febrero 1908.

Gascón 530 (Almagro), empleando 40 obreros y que luego se expandiría con una fábrica de mayor porte en el barrio de Paternal; la fábrica de muebles de Gabriel Tarris, presidente durante varios años de una de las asociaciones patronales del rubro. Finalmente, el peso específico de los patronos de origen judío en la rama continuó por muchos años más. Vale, en este sentido, la siguiente imagen de la publicación “El Industrial Maderero” (1945) en español e idish.



Publicación “El Industrial Maderero”, junio de 1945. Fuente: Fundación IWO.

Las primeras huelgas y el desafío de organizar los personales “israelitas”

Como vimos, el peso específico de los trabajadores judíos en la industria del mueble era muy alto y, por lo tanto, su organización implicaba una tarea elemental para garantizar las condiciones laborales del conjunto pues, de lo contrario, los capitalistas contaban con un “ejército de reserva” a muy bajo costo. En pocas palabras, si el oficio mueblero podía ser un “activo” al momento de ir al paro de actividades (dado que los rompeshuelgas desconocían el ejercicio del oficio), en el sentido contrario el obrero judío desorganizado y aislado del sindicato podía ser fácilmente reclutado por los empresarios para trabajar en los talleres en huelga. En un primer momento, la organización del movimiento de trabajadores judíos se facilitó con la llegada de militantes experimentados, que huían de la ola de represión zarista contra la revolución de 1905. Esta primera generación estaba compuesta, en su mayoría, por trabajadores manuales provenientes de Rusia y representantes de diferentes expresiones políticas del movimiento obrero ruso y europeo (socialdemócratas, anarquistas, social-revolucionarios, bundistas, sionistas socialistas y sindicalistas). En la industria maderera,

algunos de los militantes judíos fueron Schoiel Lamdn (Israel Landan)¹⁴ y sus dos hermanos, Enrique Brusilovsky (principal redactor del periódico *Di Arbeter Organizatsie*)¹⁵, un tal Aizenstein, Luis Nejamis (militante del PC, luego expulsado por defraudar al sindicato como cobrador), Moishe Koifman (lustrador), entre otros. Según Brusilovsky (1940), en 1908 se cristalizaron en el ambiente tres núcleos que se disputaban las áreas de influencia de la masa obrera: los anarquistas, los bundistas y los poaleisionistas; en esta dirección, los tres publicaban periódicos en idish.

Durante los primeros años de la década de 1900 se reactivó la agitación huelguística en la rama del mueble. Luego de un período de desorganización y luchas intestinas, hacia 1904 aparecieron ciertos indicios que dan cuenta de los esfuerzos de reorganización entre los trabajadores del sector, en particular, entre los ebanistas y los demás oficios conexos. De este modo, la actividad gremial recobró vitalidad en marzo de 1904, en ocasión de un paro general que, según la prensa *sindicalista* y socialista, movilizó alrededor de 1500 obreros ebanistas. Con esta huelga, se pretendían obtener la jornada de ocho horas, la abolición del destajo y una elevación de salarios.¹⁶ Los conflictos parciales se prolongaron por semanas y los huelguistas se vieron forzados a dividirse en dos categorías, según el poderío de las patronales donde trabajaban. Aquellos empleados en boliches acordaron, al cabo de cinco semanas, una jornada de nueve horas y 20% de aumento (aunque a destajo). La otra categoría (muebles de lujo), en cambio, estuvo de paro más de tres meses y consiguió la abolición total del trabajo a destajo y el horario de 8 horas en verano y 9 en invierno (temporada alta de trabajo).¹⁷ Esta victoria parcial afianzó la organización sindical de los trabajadores ebanistas, lo que permitió comenzar a publicar un periódico de forma regular, *El Obrero Ebanista*, en diciembre de aquel año.

Al año siguiente, una huelga general ferroviaria contagió a otros gremios, como los tapiceros, carpinteros y aserradores, que los secundaron en el paro por sus propios reclamos hasta que, el 4 de febrero, el gobierno de Quintana decretó el estado de sitio para sofocar el alzamiento político-militar de los radicales, encarcelando también y

¹⁴ Dirigente sindicalista revolucionario procedente de Inglaterra, cooptado en 1908 en representación de la minoría judía para la dirección del sindicato ebanista, en el cual siguió activo en los años '20 (según el entrevistado Chalcoff, era "el principal dirigente" del gremio). Integrante de los comités de las huelgas generales de junio de 1916 y marzo de 1929.

¹⁵ *La Organización Obrera*, se trataba de un periódico editado hacia 1920 a partir de distintas reuniones de coordinación entre sindicatos con presencia judía (ebanistas, sastres, gorreros, entre otros) (Bilsky 1987).

¹⁶ "Ebanistas, carpinteros y anexos", *La Vanguardia*, 12/3/1904.

¹⁷ "Informe solicitado por la Federación de Trabajadores en Madera para ser enviado a la Federación Internacional de Obreros en Madera", *El Obrero En Madera*, febrero 1908.

deportando a los principales organizadores de las huelgas (Marotta 1960). El estado de sitio, inicialmente de 30 días, se prolongó por meses. En mayo, sin embargo, alrededor de 1800 ebanistas empleados en “boliches” (‘segunda categoría’) decidieron ir al paro, solicitando la abolición de las categorías y logrando la unificación con el resto del gremio a los pocos días.¹⁸ La continuidad del estado de sitio derivó en una huelga general de la UGT y la FORA, el 10 y 11 de octubre. Frente a este panorama—aunque persiguiendo reclamos sectoriales—la medida estuvo acompañada por un paro general maderero. El paro buscó acordar la jornada de ocho horas para ambas categorías así como un conjunto de reivindicaciones muy sentidas tales como la abolición de las horas extras, el descanso dominical, la prohibición de admitir en los talleres a menores de 14 años en calidad de aprendices y, por último pero no menor, la importante conquista que significaba un seguro de banco y de herramientas contra incendio bajo inventario.¹⁹ Una de las fuentes *sindicalistas* indicaba que, en este momento, “El núcleo sólido organizado que no había pasado de 400, pasó al de 1200 rápidamente”.²⁰

Sin embargo, a pesar de la agitación social reinante en Buenos Aires entre 1900 y 1910, el asalariado judío carecía de una tradición sindical y no era propenso a aceptar la disciplina del gremio. Según Bilsky (1987), quedaba limitado a una presencia pasiva, pues no intervenía en los debates ni en la vida de la sociedad de resistencia. Una de las principales dificultades en este terreno era el problema del idioma, que constituía una especie de barrera “permanente” para el resto de la clase obrera. En esta dirección, un informe sindical de 1905 señalaba que “ha habido una gran emigración de compañeros rusos [...] y como habían muchos talleres que trabajaban con compañeros rusos, este comité ha tenido que llevar un intérprete en todos estos casos”.²¹ Se trataba de una labor difícil, asimismo, dado que los “rusos” no contaban con bancos ni herramientas para trabajar por lo que el sindicato ebanista debió “buscarles taller que se lo facilitaran y acompañarlos puesto que ellos no se saben explicar”.²² Ante esta clase de obstáculos recurrentes, algunos militantes socialistas sugerían que “Una escuela nocturna de idioma castellano sería de gran utilidad, a fin de que los ebanistas y lustradores rusos pudieran aprender nuestro idioma y participar de nuestras asambleas, evitando al mismo tiempo

¹⁸ “Historia del Sindicato de Ebanistas”, *El Obrero Ebanista*, julio 1920.

¹⁹ “Sociedad Obreros Ebanistas, Similares y Anexos. Veinte años de intensa acción sindical”, *La Vanguardia*, 22/2/1916.

²⁰ Es probable que los números hayan sido en la realidad bastante inferiores pero sirven para hacerse una idea aproximada acerca de la evolución de la organización obrera. “Historia del Sindicato de Ebanistas”, *El Obrero Ebanista*, julio 1920.

²¹ “Informe del comité”, *El Obrero Ebanista*, julio 1905.

²² *Ibidem*.

reuniones especiales en idioma israelita.”²³ De este modo, el rechazo casi generalizado dentro del movimiento obrero local, a aceptar divisiones étnicas en el gremio, colocó al trabajador judío en una situación de relativa marginalidad. En el caso bajo estudio, la necesidad de organizar al sector “ruso” cobró visibilidad y una importancia de primer orden a partir de la huelga “de la chapa” de 1908 y del paro general de los obreros judíos empleados en boliches, en enero de 1909, conocido como la huelga “de pino tea”. Ambos episodios tuvieron como objetivo abolir el destajo, hecho que se logró en 1908, si bien muchos talleristas luego vulneraron el acuerdo (Brusilovsky 1940).

La huelga de 1909 resultó uno de los conflictos del sector más relevantes de la década. Fiel a cierta tradición deliberativa dentro del Sindicato de Ebanistas (acorde con el alto nivel de politización y de cierto acervo cultural presente entre estos trabajadores), la dirección del gremio realizó una serie de reuniones con los “rusos” durante el mes de diciembre de 1908. En general, se trataba de obreros que trabajaban doce y hasta más horas, siempre a destajo. Por lo tanto, el primero y principal punto del pliego reivindicativo era la exigencia de abolir el destajo. Asimismo, se acordó solicitar un aumento salarial del 10% y que ningún obrero fuera despedido a causa de la huelga.²⁴ De esta manera, a comienzos de enero de 1909, el pliego fue rechazado por los patrones judíos y se declaró la huelga contra los bolicheros. Inmediatamente, seis talleristas firmaron y el paro de actividades se parcializó contra los patrones restantes. A su vez, dentro del gremio existía plena conciencia sobre el riesgo que implicaba para sus propias condiciones la sobreexplotación de los obreros judíos, por lo que el acompañamiento a la medida fue absoluto. Al cabo de un mes de lucha, los patrones decidieron finalmente ceder ante las exigencias obreras, aboliendo el trabajo a destajo e implantándolo por día así como también acordaron la jornada de ocho horas y, en lugar del pedido original del 10%, un 5% de aumento salarial. En cierto modo, la corta duración del conflicto y los lazos de solidaridad tendidos con el resto de los trabajadores expresaban la potencialidad que podía llegar a adquirir la organización del sector de muebleros judíos y el peligro que representaba su desestructuración sindical. Por otra parte, el cronista gremial no dejaba de percibir el significado más profundo del acuerdo logrado en los talleres judíos: “Como se ve el triunfo de esta huelga tiene una gran importancia, si se tiene en cuenta que estos obreros trabajaban a destajo con una jornada

²³ “Obreros ebanistas—Puntos de vista sobre la organización”, *La Vanguardia*, 26/8/1916.

²⁴ “Huelga general de los obreros rusos que trabajan en el pino de tea”, *El Obrero En Madera*, enero 1909.

de trece, catorce y hasta quince horas diarias, lo que equivale a decir que un obrero hacía el trabajo de dos oficiales, dando lugar así a que mientras ellos trabajaban quince horas, otros andaban paseando por falta de trabajo.”²⁵ A pesar del resultado percibido como favorable (y que habilitó levantar la medida), los talleristas aprovecharon el clima represivo de 1909—estado de sitio mediante—para retrotraer las condiciones acordadas y reimplantar el destajo.

En términos organizativos, a partir de esta huelga y luego de varias fricciones dentro del sindicato ebanista, si bien se bloqueó la formación de una sección judía (esto recién sucedería algunos años más tarde), se resolvió la incorporación de algunos militantes de este origen a la dirección. Ellos tuvieron la posibilidad de hacer propaganda en idish en el órgano periódico; en este punto, el rol de Landan fue esencial. De alguna manera, a pesar de las fuerzas centrípetas de carácter étnico y la “barrera” que significaba el idioma, es evidente que las propias necesidades de la lucha gremial (equiparar las condiciones laborales hacia el interior de la rama entre los distintos sectores), junto con el destacado grado de actividad e iniciativa que primó entre los obreros judíos, conjugaron un terreno fértil para el desarrollo de un abigarrado universo de culturas políticas de izquierda.

Es dable recordar que fue por estos años que las clases dominantes argentinas terminaron de acuñar el mote de “elemento social perturbador” para referirse a la “rusada” y todas las consecuencias que ello acarrearía para el orden jurídico, económico, político y social del país. En este sentido, la destacada interpenetración e influencia de las izquierdas dentro de la comunidad judía reavivaron de forma permanente el miedo de clase (Lvovich 2003), acicateado por las revoluciones rusas de 1905 y 1917, el asesinato de Falcón a manos de Radowsky (1909), la bomba en el Colón (1910) y, de modo general y crónico, el grado de efervescencia de la conflictividad obrera en los sectores donde abundaba la presencia del grupo étnico en cuestión. Además, un factor no menor que contribuía a reforzar este ideario era la dedicación de muchos judíos a la trata de blancas, en particular (pero no sólo) polacas. En contraste con esta cosmovisión, según el entrevistado Chalcoff, los *cafishos* eran frecuentemente expulsados por los obreros a golpes de puño de las instituciones culturales y sociales de la comunidad, a donde buscaban asilo aportando grandes sumas de dinero. En el

²⁵ “Triunfo completo de la huelga de los compañeros rusos”, *El Obrero En Madera*, febrero 1909.

próximo apartado, indagaremos las múltiples facetas del complejo vínculo establecido entre los obreros judíos y las corrientes de izquierda.

Las culturas políticas de izquierda y la clase obrera judía en el comienzo del siglo

Si bien el idioma y ciertas tendencias etnocéntricas conspiraron permanentemente contra el reagrupamiento de los obreros judíos en el seno de las asociaciones de resistencia, su estructuración, sin embargo, se acabó por desarrollar de modo paulatino. En general, las izquierdas buscaron modular partes de su repertorio organizacional en pos de interpelar a este importante sector dentro de la clase.

A pesar de que fue destacado el papel desempeñado por los primeros militantes ligados a la tradición socialista, arribados al país durante los primeros años de 1900, resulta insoslayable para cualquier análisis la significativa gravitación de la cultura política libertaria en la organización de los obreros judíos a través de sus agrupaciones, locales, bibliotecas, y publicaciones periódicas, en particular durante la primera década del siglo XX. En este punto, se podría hipotetizar que existieron, al menos, tres factores de diversa índole y que operaron en niveles distintos, que permiten explicar la destacada presencia anarquista entre estos trabajadores. El primero tuvo que ver con la organización en base al origen étnico (no así dentro de los gremios) o la comunidad lingüística, lo que sumado a una actividad de por sí descentralizada como era la anarquista, potenció la proliferación de periódicos publicados en distintos idiomas antes que anclados en una determinada identidad de clase. Además, a diferencia de los socialistas, casi nada los incitaba a oponerse a la sobrevivencia de la identidad étnica ya que no requerían la nacionalización del obrero para desenvolver su política (Falcón 1987). El segundo factor que facilitaba la penetración de la cultura libertaria entre los “rusos” era la preocupación por la educación como forma de mejoramiento y liberación del ser humano, siendo un rasgo compartido entre socialistas y anarquistas. De esta forma, la identificación con “lo judío” se entrelazaba con un interés extendido a muchas familias de militantes anarquistas: la educación como un bien invaluable; a la par, la búsqueda por integrarse a las comunidades nativas redundaba en una cultura y en lecturas que versaban sobre “lo universal” (Bordagaray 2016). Por lo tanto, los anarquistas se concentraron en la actividad cultural, difundiendo la literatura anarquista judía proveniente del exterior. Con la reactivación del movimiento obrero post derrota de 1910, *circa* 1915 grupos como *Arbeter Fraind* (‘El Amigo del Trabajador’) y “Buscadores de la Verdad” comenzaron a ocuparse principalmente en tareas educativas. Tales tareas dieron origen, en octubre de 1916, a la Liga Racionalista Judía, sumando al

sector idish que ya existía dentro de la agrupación. Sobre este notable grupo, la mayor parte de la literatura se ha enfocado en su aspecto educativo y cultural antes que en su dimensión obrera y activista dentro de los gremios y talleres (Barrancos 1990; Suriano 2001). Es imaginable que los puntos de contacto con el colectivo de los obreros ebanistas, altamente calificado y compuesto en una buena proporción por los “rusos”, fueron múltiples. En el sindicato ebanista, vehiculizaron la “Agrupación Comunista Libertaria de Obreros Ebanistas”, que editaba el periódico *Nueva Era* hacia 1918. Por último, un tercer factor no menos importante que debe ser ponderado en el análisis es la argamasa ideológica de impronta libertaria que nutrió el ideario de décadas de activistas y revolucionarios en la Rusia natal, donde el movimiento libertario fue uno de los más prolíficos del mundo (Avrich 1974).

Como se dijo más arriba, militantes del *Bund* (socialistas que rechazaban la postura ‘asimilacionista’) también tomaron parte en los primeros años de existencia del movimiento obrero judío, contando con una fracción en el sindicato del mueble (Bilsky 1987). A su vez, en 1913 se dieron de una política que logró reagrupar a los parquetistas, rama dentro de la cual abundaban los judíos. Publicaron el periódico *Der Avangard* (1908-1910), luego reeditado a partir de 1916. Es significativo destacar que, para los bundistas, la línea divisoria de clase debía ser remarcada, aunque sostenían igualmente la necesidad de intervenir dentro de la comunidad como una manera de limitar la hegemonía de la elite comunitaria sobre los trabajadores judíos y potenciar sus planteos de autonomía nacional cultural. Sobre este último aspecto, cabe señalar que la tensión con las organizaciones filantrópicas fue permanente. Según el mismo autor, entre los obreros conscientes de su condición, el hecho de acercarse a estas asociaciones— incluso para comer—se consideraba un acto vergonzoso. Al igual que en el conjunto de los testimonios recogidos de los entrevistados, resalta el abismo social y el desentendimiento que existían entre ambos tipos de organizaciones.

En el caso del Partido Socialista (PS), su particular configuración nacional bajo la égida de Juan B. Justo lo llevó a centrar su acción en el sentido de asimilar al conjunto de los trabajadores, emprendiendo una intensa y permanente campaña en pro de la naturalización de extranjeros al señalar las ventajas que tenía que obtener la ciudadanía a la hora de pelear por sus derechos tanto en las urnas como, de forma indirecta, dentro del recinto parlamentario. Se trataba, en pocas palabras, de adquirir la ciudadanía argentina para poder constituir una fuerza política que permitiera modernizar al Estado y la sociedad (Aricó 1999). De modo tal que la tensión con los grupos idiomáticos que existieron hacia el interior del PS desde su fundación (italianos, alemanes, franceses,

judíos) fue una constante de la etapa. En el ambiente judío socialista, aquellos partidarios de integrarse dentro de las estructuras formales del PS, “asimilándose” a la ciudadanía argentina, fueron los “iskristas” o *iskristas* (partidarios del periódico *La Chispa-Iskra*, editado por la fracción de Lenin, donde resaltaba la presencia de Ida Bondareff). Estos se separaron al poco tiempo de haberse fusionado con los bundistas, en 1907, a partir de su negativa a permanecer autónomos al partido. Desde el punto de vista de la activación gremial en el movimiento obrero, se constata que no hay un cambio sustancial de la política del PS con respecto a otros grupos o gremios sino, antes bien, un agravamiento de las rigideces ya existentes y serias dificultades a la hora de trazar un puente entre los planteos políticos, las reivindicaciones gremiales y, en este caso, también las peculiaridades de carácter étnico.

Por último, cabe mencionar a los grupos sionistas socialistas. En 1906, se formó un primer núcleo, que publicó durante aquel año los periódicos *Najrijten* (*Noticias*) y *Dos Idisbe Lebn* (*La Vida Judía*). Al año siguiente, este grupo se fusionó con militantes socialistas borojovistas (seguidores de Dov Ver Borjov, uno de los fundadores del sionismo socialista) y formaron un núcleo *Poalei Sionista* (Bilsky 1987). A los pocos años, sin embargo, todos estos grupos desaparecerían y recién volverían a emerger con fuerza *circa* 1917.

Los primeros años de la sección judía en el sindicato del mueble

Como vimos, la amplitud de la presencia judía en la industria del mueble implicaba una serie de desafíos desde el punto de vista de la estructuración sindical y, por lo tanto, no fueron pocos los intentos por trazar puentes comunicativos con este destacado (aunque muchas veces marginado) grupo de trabajadores, variando los resultados según el momento y quien los impulsara. En términos generales, la etapa que se abrió a partir de la derrota del movimiento obrero en 1910 se caracterizó por la desorganización del movimiento sindical y el retroceso en varias de las prerrogativas que habían logrado los trabajadores en sus sitios laborales. En el caso de los talleres muebleros, muchos patrones reimplantaron el destajo y las jornadas de doce y más horas. Frente a este panorama, la inactividad y falta de iniciativa también primaron entre las organizaciones. En 1913, el estallido de una profunda recesión económica y el inicio de la Primera Guerra Mundial, al año siguiente, extendieron la miseria y el desempleo. De forma paradójica, estos factores afectaron de forma positiva a aquellas industrias dependientes de insumos de producción nacional (o no europea) como por ejemplo la industria de la madera y el mueble. De cualquier modo, si bien se experimentó un

crecimiento en la rama, este no se reflejó en una mejora de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores. Asimismo, la guerra frenó por algunos años (hasta *circa* 1918) la inmigración judía.

A finales de 1915, aparecieron los primeros síntomas de reactivación huelguística en la industria del mueble, con algunos conflictos y paros aislados en varios talleres, como la importante fábrica inglesa Waring y Gillow. En junio del año siguiente, una huelga general de los obreros de la rama anticipó el inicio de un nuevo ciclo de huelgas con una amplia movilización de la clase obrera, que se extendió hasta por lo menos 1921, afectando prácticamente a todos los sectores de la economía nacional. La huelga mueblera de 1916 representó, en este punto, la combinación entre un oficio altamente calificado junto con una sólida estructuración sindical (más aún, en el marco de la desorganización circundante) en el caso de un gremio caracterizado por una tradición de deliberación, alto nivel de politización e involucramiento activo. Estas características facilitaron un resultado positivo del conflicto para los trabajadores, quienes obtuvieron un conjunto de acuerdos cuya permanencia en el tiempo dependía del grado de organización y de estructuración sindical.²⁶ En esta dirección, emergió nuevamente la necesidad de organizar de un modo adecuado al importante sector de los “rusos”, quienes en aquella huelga participaron en número aproximado de 400 y debieron continuar el paro de actividades varias semanas más, ante la intransigencia de los patrones bolicheros. Como analizamos más arriba, si bien existía un comité de propaganda en idish dentro del sindicato ebanista, la sección judía no era del todo aceptada por el “núcleo duro” de la dirección sindical, en manos de los *sindicalistas*. “Bastión” del sindicalismo revolucionario, algunos de los principales cuadros militantes en la rama de la madera fueron Juan Cuomo, José Montesano, Juan Loperena (‘Perazzo’), Cristóbal Montale, Ángel Rinoldi, entre otros. Para estos militantes, la existencia de fracciones idiomáticas o étnicas perjudicaba la “unidad” de la clase, pues significaba poner por encima de ella otros valores que generarían divisiones.

No obstante, entre fines de 1917 y principios de 1918, la Comisión Administrativa (CA) del sindicato finalmente se vio obligada a ceder ante las exigencias del sector judío, en un marco de conflictividad obrera creciente, habilitando la constitución de una sección que tendría representantes en la dirección del sindicato ebanista.²⁷ De este modo, se formalizaba la existencia del “comité idiomático” y pasaba

²⁶ “La huelga de los ebanistas, lustradores y silleteros”, *El Obrero En Madera*, julio 1916.

²⁷ “Subcomisión israelita”, *El Obrero Ebanista*, noviembre 1918.

a ser una fracción con autonomía, elegida por los propios obreros, que realizaba asambleas y actividades por su cuenta, gestionaba una biblioteca en idish de carácter educativo (que llegó a ser la más importante de la ciudad, con más de 2000 ejemplares) e intervenía en los conflictos con patronos judíos (principalmente para poder negociar con dichos talleristas).²⁸ Además, la “subcomisión” (como era llamada) se encargaba de las tareas de propaganda y de editar el periódico *Der Holtz Arbeter* (*El Obrero Maderero*, 1917-1923), cuya tirada oscilaba en ese momento entre los 400 y los 500 ejemplares²⁹, luego reemplazado por *Di Shtime fun Holtz Arbeter* (*La Voz del Obrero Maderero*), “órgano de la sección judía del sindicato obrero de la industria del mueble” y, más tarde, por *Der Mebl Arbeter* (*El Obrero del Mueble*), que llegó a publicar tiradas de 1200 ejemplares (Dujovne 2008). En otras palabras, el comité o “subcomisión” “israelita” virtualmente reemplazaba en sus funciones a la conducción dominada por los *sindicalistas*, generando todo tipo de choques y entredichos. Por ejemplo, en vistas de fortalecer la unidad entre los trabajadores judíos y con el resto del gremio (así como para evitar la disparidad en las condiciones laborales), el 4 de abril de 1918, una asamblea ebanista nombró una comisión de diez compañeros para estructurar al sindicato en los boliches.³⁰

אידישע ביבליאטעק פֿון
פראעסיאָנעלן פאריון פֿון סטאליא-ארבעטער אין פ. אידעם
אפֿאָנגענטס-קארטע
No. 354
פאר דעם חבר

נאָמען פֿון פֿאָרשער	ווען געבראכט דעם בוך	נאָמען פֿון בוך	נומער פֿון בוך	ווען גענומען דעם בוך
	24-XI		7/6	20-11
	T X II		355	24-XI
			733	T X II

Tarjeta de préstamos de la biblioteca en idish del Sindicato de Ebanistas, Similares y Anexos.
Fuente: Fundación IWO.

²⁸ “La acción sindical del comité israelita”, *El Obrero Ebanista*, diciembre 1920.

²⁹ “Balance julio 1918” y “Balance septiembre 1918”. Véase *El Obrero Ebanista*, octubre 1918 y *El Obrero Ebanista*, noviembre 1918, respectivamente.

³⁰ “Asamblea israelita”, *El Obrero Ebanista*, mayo 1918.

A posteriori, el balance del comité apuntaba que “[se] han mantenido varios conflictos con los patrones, los cuales no se resignan al sistema de trabajo [a destajo]”.³¹ En los años subsiguientes, estos esfuerzos desde los sitios de trabajo se repetirían.³²

Conclusión

A partir de un análisis sobre las fuentes primarias y la bibliografía secundaria, este trabajo buscó avanzar en el estudio sobre los obreros muebleros de origen judío en la ciudad de Buenos Aires, desde los primeros indicios encontrados, *circa* 1894, hasta el año de cierre del ciclo de agitación huelguística 1917-1921. El recorrido sobre los trabajos existentes relativos a la temática indicó la notable ausencia de estudios que vincularan la historia de los trabajadores judíos con los avatares del movimiento sindical argentino, más allá de unos pocos escritos puntuales. Más aún, se revelaron escasas las obras que profundizaran sobre la ligazón entre historia industrial y organización sindical así como que investigaran el rol de las culturas políticas de izquierda dentro de este proceso. En esta dirección, el análisis sobre el estudio de caso de la rama de la madera y el mueble de la ciudad de Buenos Aires presentó un sector destacado dentro de la economía nacional, contando con varios miles de trabajadores de variada calificación e inserción ocupacional, sobresaliendo en particular el contingente de carpinteros empleados en las obras de construcción y aserraderos, los constructores de carros y carruajes y, por último pero no menor, los obreros muebleros, muchos de ellos ebanistas. Sobre este último grupo se enfocó nuestra mirada, resaltando la importante gravitación del colectivo obrero judío en la industria, si bien con trayectorias individuales heterogéneas, desde los ebanistas (y el resto de los oficios lindantes) explotados a destajo en boliches por sus conciudadanos hasta las figuras más peculiares de los *cuenteniks* y algunos pocos casos *rara avis* de ex-obreros o pequeños patrones, que experimentaron un ascenso social y se convirtieron en empresarios del rubro.

En el terreno de la organización gremial, la indagación permitió profundizar y complejizar la visión sobre los trabajadores judíos, muchas veces presentados como un sector mayormente alejado o marginado de los conflictos laborales y la estructuración

³¹ “Comité de propaganda”, *El Obrero Ebanista*, noviembre 1918. La nota se refiere probablemente a los conflictos mantenidos en: Bondarovsky y Najmenovich (“Obreros ebanistas”, *La Vanguardia*, 23/4/1918); Tabacman (ídem 24/5/1918); Simbac y Grinwal (ídem 25/5/1918); Steinman hnos. (ídem 6/6/1918); Steimberg (ídem 6/6/1918); Isaacson (ídem 11/8/1918); Sarkansky (ídem 20/8/1918); Sneybrun (ídem 3/9/1918); Greiser (*El Obrero Ebanista*, octubre 1918).

³² “Informe del Comité de Agitación y Organización”, *El Obrero Ebanista*, julio 1923.

sindical. En el caso de la industria mueblera porteña de principios del siglo XX, la baja tecnificación del proceso productivo y el reducido número de empleados por sitio laboral, con excepción de algunas pocas fábricas y talleres, destacaron la importante función que cumplía el oficio en tanto herramienta “de defensa” en ocasión de los conflictos (dada su alta calificación) así como también de inserción social, en el caso de los judíos llegados a la Argentina. En este punto, 1905 apareció como un año de inflexión, emergiendo una pléyade de boliches muebleros cuyos dueños y obreros eran del mismo origen.

De esta manera, es factible avanzar sobre los interrogantes planteados al comienzo de este artículo relativos a la organización de los obreros judíos, diferenciándose dos momentos contrapuestos en términos generales. Por un lado, el momento de “desorganización”, donde persisten el idioma como una barrera y los prejuicios políticos y sociales del resto de la clase trabajadora, obstaculizando la estructuración sindical. Como consecuencia, el colectivo de obreros judíos se encuentra disponible para cumplir la función de “ejército de reserva”, sea reduciendo el valor de la fuerza de trabajo (y las condiciones de explotación) del resto del gremio, sea directamente reemplazando a los trabajadores en huelga, ya como rompehuelgas, ya produciendo en los boliches de forma subsidiaria a los lugares parados. Del otro costado, el momento de “organización” resulta de las iniciativas que emprenden distintos sectores dentro del gremio, quienes perciben la peligrosa situación que significa para las condiciones del conjunto de los trabajadores la llegada de centenares de obreros con conocimiento del oficio pero desorganizados y sin posibilidad de informarse debido al obstáculo idiomático. Dada la importancia relativa del contingente obrero judío en la rama, fueron múltiples los esfuerzos por parte de los militantes más experimentados para reproducir las estructuras gremiales en los lugares de trabajo y en el seno de la comunidad étnica. En cierta medida, los resultados variaron según cada etapa, así como dependiendo de quién tomara la iniciativa.

En este sentido, se refirieron las huelgas de los boliches judíos de 1908 e, *in extenso*, se analizó el importante paro de actividades acontecido en 1909. Asimismo, se destacó cómo, en el contexto de una huelga general del sector que involucró a centenares de trabajadores, como ocurrió en junio de 1916, los trabajadores judíos organizados debieron proseguir el conflicto varios meses más que el resto, concitando la solidaridad del conjunto y obteniendo, al final, una percepción de victoria. Es posible afirmar, por lo tanto, que si la desorganización de los obreros judíos implicaba, en cierto modo, la ineficacia de la acción sindical y del alcance de sus conquistas, la organización

del sector mueblero judío, en cambio, maximizaba las probabilidades de éxito en el caso de los conflictos laborales. Además, podía llegar a tornarse una condición necesaria para su resolución positiva. Estos factores permitirían explicar, entonces, la formalización en 1918 de la sección judía del mueble con la publicación de su propio periódico en idish, *a posteriori* del gran conflicto de 1916 y luego de años de oposición por parte de la conducción del sindicato, de cuño *sindicalista*. El potencial de esta fuerza gremial fue advertido, además, por las culturas políticas de izquierda, distinguiéndose diferentes formaciones políticas peculiares del colectivo (como el bundismo o el poaleisionismo) así como sus propuestas organizativas.

A modo de cierre, es menester señalar la importancia de incorporar la variable “étnica” como una dimensión analítica válida e incluso necesaria, en vías de complejizar los estudios sobre clase obrera y culturas políticas de izquierda en la Argentina de principios del siglo XX.

Obras citadas

- Abad de Santillán, Diego. *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento revolucionario en la Argentina*. Buenos Aires: Proyección, 1933.
- Aricó, José. *La hipótesis de Justo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Avni, Haim. *Argentina y la historia de la inmigración judía 1810-1950*. Buenos Aires-Jerusalén: Universitaria Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalén, 1983.
- Avrich, Paul. *Los anarquistas rusos*. Madrid: Alianza, 1974.
- Barrancos, Dora. *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*. Buenos Aires: Contrapunto, 1990.
- Belini, Claudio. *Historia de la industria en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta, 2017.
- Bilsky, Edgardo. *La F.O.R.A. y el movimiento obrero (1900-1910)*. Buenos Aires: CEAL, 1985.
- _____. “Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)”. *Le Mouvement Social*, núm. 159, París, 1992.
- _____. *Etnicidad y clase obrera. La presencia judía en el movimiento obrero argentino*. Buenos Aires: AMIA - Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino “Marc Turkow”, 1987.

- _____. “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino. Estudios migratorios latinoamericanos, núm. 11, Buenos Aires, 1989.
- Bordagaray, María. “La dimensión biográfica en la configuración de los colectivos libertarios en Argentina”, *Izquierdas*, núm. 27, Santiago de Chile, 2016.
- Braverman, Harry. *Trabajo y capital monopolista: la degradación del trabajo en el siglo XX*. México DF: Nuestro Tiempo, 1975.
- Brusilovsky, Enrique. “El movimiento obrero judío”. En *Cincuenta años de vida judía en la Argentina: homenaje a "El Diario Israelita" en su vigésimoquinto aniversario*. Buenos Aires: Comité de Homenaje a El Diario Israelita, 1940.
- Camarero, Hernán y Ceruso, Diego. “Una historia del sindicato de la madera: organización gremial e influencia de la izquierda en las luchas obreras, Buenos Aires, 1917-1943”. *E-L@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, vol. 13, núm. 50, Buenos Aires, 2015.
- Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI Iberoamericana, 2007.
- Díaz, Javier. “El anarquismo en el movimiento obrero judío de Buenos Aires (1905-1909).” *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 8, Buenos Aires, 2016.
- Díaz Alejandro, Carlos. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.
- Dujovne, Alejandro. “Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953”. *Revista del Museo de Antropología*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba, 2008.
- Everley, Harry. *Furniture Markets of Argentina, Uruguay, Paraguay and Brazil*. USDCBFD, Special Agents Series, no. 183. Washington DC: GPO, 1919.
- Feierstein, Ricardo. *Historia de los judíos argentinos*. Buenos Aires: Galerna, 2006.
- Godio, Julio. *El movimiento obrero argentino (1910-1930). Socialismo, sindicalismo y comunismo*. Buenos Aires: Legasa, 1988.
- Iscaro, Rubén. *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Anteo, 1958.
- Jmelnizky, Adrián y Erdei, Ezequiel. *La población judía de Buenos Aires*. Buenos Aires: AMIA, 2005.
- Kersffeld, Daniel. *Rusos y rojos: judíos comunistas en los tiempos de la Comintern*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012.

- Koppmann, Walter L. *Los trabajadores de la madera de la ciudad de Buenos Aires. Sociedad, política y cultura, 1915-1930*. Tesis de Maestría en Historia (IDAES-UNSAM). Buenos Aires, 2017.
- _____. “Lucha de clases, formas de organización y estrategia política del sindicalismo revolucionario en la industria de la madera y el mueble, Buenos Aires, 1915-1920”. *Izquierdas*, núm. 26, Santiago de Chile, 2016.
- Liebermann, José. *Los judíos en la Argentina*. Buenos Aires: Libra, 1966.
- Lizárraga, David y Mason, Camilo. “Industria de la madera: conflictividad laboral y organización sindical en Buenos Aires, 1934-1940”. En Castro, Claudio (comp.). *Perspectivas sobre la industria: documento de trabajo 3*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, 2016.
- Lvovich, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2003.
- Marger, Martin. *Race and Ethnic Relations, American and Global Perspectives*. Belmont: Wadsworth Publishing Company, 1985.
- Marotta, Sebastián. *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo I, *Período 1857-1907*. Buenos Aires: Ediciones Lacio, 1960.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008 [ed. orig. 1867].
- Montgomery, David. *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- Oddone, Jacinto. *Gremialismo proletario argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia, 1949.
- Oved, Iacov. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.
- Rock, David. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
- Schiller, Herman. “La participación de los obreros de habla ídish en los orígenes del movimiento obrero argentino”. En Sneh, Perla (comp.). *Buenos Aires Ídish*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.
- Suriano, Juan. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Villalba, Roberto. *Historia del Sindicato de la Madera de Capital Federal (en el contexto del movimiento obrero argentino)*. Buenos Aires: Dunken, 2010.
- Visacovsky, Nerina. *Argentinos, judíos y camaradas: tras la utopía socialista*. Buenos Aires: Biblos, 2015.